

Mi abuelo Alberto Aguirre

María Clara Calle Aguirre



Uno de los personajes que contribuyó a la apertura cultural de Medellín desde los años 50 se mostraba duro y vehemente, pero también tuvo su faceta cariñosa y afectiva. Esta es la visión de su nieta, quien hizo el trabajo de grado sobre Aguirre.

El personaje público. Eras ese a quien paraban en la calle para hablarle de libros, de columnas de opinión o de cualquier tema. Ese columnista, fotógrafo, librero, abogado, crítico de cine, editor, comentarista deportivo. Ese era otro personaje distinto del que yo conocí. Yo conocí al papá de mi mamá, a mi abuelo.

Ese factor de unión fue Ana María Aguirre López, la mayor de las tres. Tu consentida y yo la de ella. Murió el 12 de abril de 2004. Por una enfermedad hepática. Tú tenías setenta y siete años, ella cuarenta y ocho y yo trece. Desde el día de su muerte, comenzamos a compartir algunos secretos aunque no los supieras. Ese 12 de abril, llegaste entre ocho y nueve de la mañana. Todavía no se la habían llevado. El cuarto en el que estaba tenía un ventanal

enorme que daba al corredor. Se veía que estabas arrodillado, con la cabeza agachada, a los pies del cuerpo muerto de tu hija. Te vi llorar.

Meses después, empezaste una labor en la que trabajaste más de cuatro años. Una por una fuiste hablando con las personas que la conocieron. Leíste todos los papeles que ella tenía al momento de su muerte. Los recortes de prensa que tenía con tus artículos, los apuntes sobre riesgos cardiovasculares e historias clínicas (era médica epidemióloga), las recetas culinarias y algún poema escrito por ella. Además, investigaste en diferentes publicaciones, escritas en español e inglés, sobre el alcoholismo. Tu intención era contar su vida para reivindicarla, para borrar su imagen de “borracha” y demostrar que era mucho más que eso.

Por esa razón nos reunimos la primera vez. Querías saber todo lo que tenía por decir al respecto. Las conversaciones continuaron. Poco a poco, comenzamos a hablar de otros temas. Literatura, cine, fotografía, periodismo. Pero ante todo, de mi mamá, tu hija. La idea era escribir un libro para publicar. Luego, cuando ya tenía mucha información de la familia, dijiste que tú y yo decidiríamos quiénes serían los lectores. Hasta que un día, en el Astor, notificaste que nadie lo leería. Ni las dos hermanas de ella, ni su mamá, ni su hijo mayor, ni tu mejor amigo... ni yo.

Lo terminaste y nadie más lo leyó, excepto tú. El único libro terminado, además de *Cuadro*, sería el no publicado. Se imprimió en una imprenta cualquiera, se le pusieron dos tapas corrientes de color negro, se argolló y se guardó durante dos años en un cajón de tu casa. Poco hablamos del tema. Las conversaciones cambiaron al ritmo que lo hacían tus recuerdos. Nunca más mencionamos el libro.

Después de tu muerte, Aura López, tu compañera, nos dio la única copia impresa de *Mi hija*. Es un libro donde tus sentimientos están expuestos: la tristeza por la muerte de ella, la rabia por algunas injusticias que vivió, el amor por las cosas que ustedes dos tenían en común. Ahora entiendo por qué nunca se



Alberto Aguirre, foto cortesía de María Clara Calle Aguirre

publicará. Porque te mostraba como no querías que te vieran.

Todos los que alguna vez fueron tus amigos te describen como un hombre cariñoso, inteligente y un buen amigo que los hacía reír a carcajadas. Algunos de esos aspectos me los mostraste cuando te dije que haría mi trabajo de grado sobre ti. Ese día nos reunimos para hablar de diferentes temas. Ya tu mente te traicionaba a causa de la hipertensión crónica que sufrías, la misma que te mató. Nunca quisiste tomar medicamentos para controlar los altos niveles de presión, a pesar de que te advirtieron de las consecuencias de no hacerlo. Llegaste a un punto en el que ya no reconocías a muchos de tus familiares. A veces creías que tus nietos éramos tus sobrinos. O incluso que no éramos parientes. Esa vez no me reconociste al principio, pero luego, con las conversaciones, recordaste que era tu nieta. La conversación

fluyó como era costumbre. Hablábamos de ciertos temas y repetías las mismas preguntas una y otra vez.

Lo último que quisiste saber era sobre qué iba a hacer mi trabajo de grado. Con un nudo en la garganta y esperando una respuesta severa, cortante, te dije que lo haría sobre ti. Durante un segundo me preparé para el regaño respectivo. Me imaginé que dirías que era una “patochada” (esa palabra que tanto te gustaba) por el hecho de hacerte un homenaje, en cierto sentido. Comenzaste a reaccionar. Lo primero fue una sonrisa con la que mostrabas tus dientes y, por ambos ojos, se te salieron un par de lágrimas. Te pareció muy bueno. Ayudarías en lo que fuera necesario. La conversación continuó. Con el paso de los minutos, repetiste de nuevo las preguntas que ya habías hecho, incluso la del trabajo de grado. Una vez más salieron las sonrisas, la mirada cálida y una que otra lágrima.

Otra faceta que casi nadie conoció fue tu lado dócil con tu hermano mayor, la persona que te enseñó a ser quien eras. Ustedes eran tres hijos (Alfonso, Alberto y Margarita). Sus papás fueron Isabel Ceballos y Pedro Claver Aguirre, gobernador liberal de Antioquia entre 1942 y 1944. Tu papá se murió cuando ustedes eran adolescentes. Según contabas, desde entonces Alfonso, el hermano mayor, comenzó a ejercer

cierto liderazgo en los asuntos familiares. Esta condición se afianzó con la muerte de Isabel. De los tres, Alfonso era el único que se había graduado de su carrera (medicina). Pero incluso antes de que todo esto ocurriera, tu hermano mayor era tu figura de autoridad. Siempre recordabas una historia de cuando tú y él vivían solos en Bogotá, mientras cursaban el bachillerato. Alfonso era el chico extrovertido, el que era capaz de hacer chistes y el que sabía cómo coquetearles a las mujeres. “Yo en cambio era una güeva”, decías al recordar tu infancia.

En esos años, eras muy tímido, no interactuabas con casi nadie y hablar con una mujer era una tarea casi imposible. Después superarías todo eso. Pero mientras tanto, el ejemplo a seguir era Alfonso. Eso o ir solo como la “güeva” que eras. Y más de una vez aprendiste la lección. En una ocasión, un amigo sacó una caja de madera para mostrártela. Adentro tenía uno de los relojes más finos del momento. Era dorado, con una correa de cuero puro. Se lo había dado su papá. Él te dijo que lo lucieras un rato y tú, atónito, aceptaste. En ese momento, llegó Alfonso y te dijo con un tono fuerte y contundente que entregaras el reloj. “Eso no es suyo, devuélvalo inmediatamente”, eran las palabras que recordabas. Así lo hiciste. Sin decir nada. Entregaste el reloj y te fuiste con Alfonso.

En la familia todos mencionaban que él era la única persona a la que le hacías caso, incluso cuando tú fuiste Alberto Aguirre, el hombre que figuraba públicamente. Ese fotógrafo, crítico de cine, abogado incesante y periodista agudo, se motilaba cuando su hermano se lo pedía. Quizás esa fue una característica que nunca cambiaste mientras las otras, el cariño, lo sociable, mutaban hacia un silencio solitario. Esa soledad fue lo que trajiste del exilio en Madrid.

En España aprendiste a estar solo. Aunque Darío Arizmendi siempre te visitara y aunque Daniel Samper te invitara a ver los partidos de fútbol de la selección Colombia. Estabas lejos de tu país. “Cada vez más extraño, no sólo a los otros, sino a uno mismo”, como dijiste en los aforismos.

Y así llegaste a Medellín. Extraño. Con un desapego de la vida que simulaba el desafecto. “Me voy como despegando. Pero aún queda (hacia afuera) la epidermis de los sentimientos. Y la gente cree la máscara”, escribiste en Madrid meses antes de volver. Llegaste a vivir solo. A vivir solo de nuevo. Visitabas periódicamente a Gloria López, tu esposa, y a tus tres hijas, ya todas casadas. En las mañanas, salías a tomar un café con leche y una almojábana. Leías la prensa y regresabas a tu

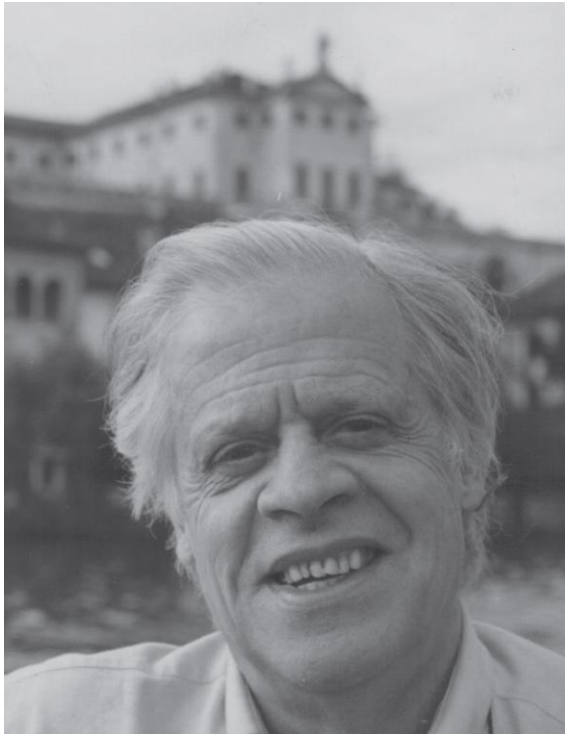


casa a leer. Y a escribir, hasta cuando la enfermedad te dejó.

En la mañana, nadie llamaba porque todos sabían que estabas por fuera. En la tarde, seguía sin sonar el teléfono porque lo descolgabas para que nadie te interrumpiera.

Amaste la soledad. La conociste. Te amoldaste a ella.

Mucho antes del exilio, cuando eras un adulto con tres hijas que apenas eran bebés, viajabas



recurrentemente a San Cristóbal, a la finca de recreo. También ibas a pueblos de Antioquia a tomar fotografías. Pasabas temporadas de uno o dos meses en Estados Unidos o en Europa. Te gustaba viajar. Pero todo cambió desde que el viaje fue para que no te mataran. Al regreso del exilio, te encerraste en Medellín. Nunca volviste a tu pueblo natal, Girardota, a pesar de que siempre decías que querías ver de nuevo la finca donde viviste un tiempo.

Con el paso de los años, el encierro se limitó al barrio y, posteriormente, a la casa. Te apartaste de muchas cosas por decisión propia. Quizás para disfrutar la soledad. “Todo viaje me aleja de mí mismo. Y todo espectáculo. Y toda compañía”, fue un aforismo que escribiste.

Cada vez ibas a menos a las reuniones familiares. El argumento inicial después del regreso de Madrid era que no te gustaban los niños. En ese entonces, éramos dos los que corríamos por el corredor de la casa de la abuela, mientras ustedes los mayores hablaban de temas serios. Después, cuando ya no había niños que gritaran ni lloraran, dijiste que te parecía muy enredado salir de tu casa para llegar a las diez de la noche. Cuando te empezaron a recoger en carro, explicaste que la comida que hacían era muy pesada, que estabas maluco o que mejor te invitaran a la próxima.

Pero no te alejaste por completo. Todos los días veías a Aura. Continuaste las conversaciones con Héctor Abad Faciolince, tu único y mejor amigo. Muy de vez en cuando te reunías conmigo, tu nieta, y otras veces tus hijas te visitaban.

Al ir perdiendo la memoria, te veías cada vez menos con Héctor, conmigo y con tus dos hijas. Las conversaciones cada vez eran más difíciles, pues ni te acordabas de qué se habían muerto mi mamá y tu hermano, dos de tus personajes más queridos. La única a la que no dejaste de ver fue a Aura.

Dos meses antes de tu muerte, ya ni ibas a comprar la prensa, una rutina que tuviste desde la adolescencia. Semanas antes de que te diera



el derrame cerebral, no saliste de la casa. Ni siquiera para ir a desayunar.

“La vida se vuelve un acto sonambulesco”. La frase que escribiste en el exilio volvió a cobrar sentido años antes de tu muerte... hasta que dejaste de caminar dormido.

María Clara Calle Aguirre es estudiante de Periodismo de la Universidad de Antioquia. Actualmente realiza su práctica profesional con la revista *Semana*. Escribió esta crónica para para la *Agenda Cultural Alma Máter*.